

LA CULTURA URUGUAYA EN "MARCHA"

No puede entenderse la cultura contemporánea uruguaya si no se comienza por considerar la acción cumplida en el país por el semanario *Marcha* que en 1964 cumplió veinticinco años de vida ininterrumpida, ya que él fue el instrumento de una plural reorientación de esa cultura, y aunque ácidamente combatido mucho tiempo, y aún hoy desde los sectores más retrógrados, ha terminado por establecer las bases legítimas para superar el estancamiento nacional y permitir el necesario desarrollo de la democracia uruguaya. El hecho casi insólito de su aparición en 1939 y de su supervivencia no puede ponerse exclusivamente en el haber tesonero de su fundador y director, Carlos Quijano, y del primer equipo, sino también en algunos rasgos propios de la sociedad nacional que él supo interpretar y defender. Si *Marcha* ha modelado a dos generaciones de la "intelligentsia" uruguaya, ello no hubiera sido posible sin la adhesión de un público ya existente que encontró en el semanario la expresión legítima de sus afanes, una identidad de cosmovisión que sobrevive a las permanentes discrepancias que dentro y fuera de la redacción, tejen la particularísima relación crítica de los lectores con la publicación.

En 1939 los primeros editoriales de Quijano, las primeras notas sobre América latina de Julio Castro, las primeras reflexiones filosóficas de Arturo Aldao, los primeros diagramas de nuestra cultura de Juan Carlos Onetti, quien entonces procedía a escribir su primer novela, *El pozo*, coincidían en establecer una visión renovada de la realidad nacional, iniciando una larga, terca lucha aclaradora, en una época particularmente confusa: el extravío nacional que todavía vivía en las consecuencias del golpe de estado del 33, el extravío internacional provocado por el fracaso de la República española y por el pacto ruso-germano, el extravío de una literatura que se demoraba en un provincianismo lánguido. Por eso puede decirse que lo propio del Uruguay en el consorcio latinoamericano ha esta-

do representado por el funcionamiento de este órgano expresivo, ya que algunas publicaciones permiten detectar agudamente las realidades nacionales. Otros países han tenido publicaciones culturales calificadas y de larga duración, y el Uruguay también las tuvo, particularmente dentro de la serie de revistas donde se produjo, hacia 1950, el ingreso de la nueva generación (*Clinamen*, *Marginalia*, *Número*, *Asir*, *Entregas de la Licorne*, *Escritura*), pero no hay en Latinoamérica ninguna del tipo de *Marcha*. Esta rareza dice mucho sobre la cultura nacional, sobre la óptica propia de la intelectualidad de un país americano distinto; también sobre los rasgos del civilismo uruguayo en este último cuarto de siglo.

Si hubiera que elegir en el país un maestro, en esa acepción grande y normativa que el término tradicionalmente conlleva, no podría encontrarse otro que el doctor Carlos Quijano, y aun podría decirse que, desde el magisterio rodoniano y vazferreiriano, no ha aparecido otro que de un modo tan amplio y plural fijara los ideales orientadores de una juventud. Y es bien significativo que no se trata ya de un literato o de un filósofo, como en los casos anteriores, sino de un economista, porque en ese traspaso se hace relevante el proceso de desarrollo intelectual que viene sufriendo la nacionalidad desde que, en 1900, se publicara el *Ariel*: su afán de superar el ahogo del subdesarrollo, comprendiendo y asumiendo las leyes que lo rigen, que son de índole económica; su esfuerzo para integrarse en la ideología moderna que orienta al mundo presente. Desde hace veinticinco años sus editoriales cubiertos de estadísticas, sus análisis lúcidos e independientes de la situación política del país, de la realidad latinoamericana, de los grandes procesos civilizadores que vienen modificando el mundo, han sido leídos y discutidos —porque convocan a la discusión y no al simple sometimiento hipnótico— por toda la vida intelectual del país. Pero además el semanario íntegro ha servido como una tribuna libre, sin dogmatismo ni demagogia, para analizar en un mismo plano complementario y coherente, la política, la economía, la sociología, el arte, la literatura de la época actual, entendiéndolas como diversas expresiones de un mismo proceso civilizador, tratando de no desgajarlas interesada y antojadizamente del mismo tronco común.

Un período tan largo, con una variedad tan manifiesta de colaboradores, ha tenido obligadamente muy diversas fases, aciertos y errores, pero si intentáramos exprimir de esa enorme cantidad de materiales —son 1.200 números aparecidos— los principios sostenidos de modo más permanente, encontraríamos algunas líneas rectoras que nos explicarían a la actual cultura uruguaya vigente. (Pues si hace veinticinco años *Marcha* parecía

representar una pequeñísima minoría, en el momento actual no sólo es el órgano intelectual más atendido, sino que subrepticamente ha fecundado el resto de las publicaciones donde la parte intelectual está a cargo de sus antiguos colaboradores o de quienes se han impregnado de su espíritu crítico.)

En primer término el nacionalismo y el latinoamericanismo. Como estamos en una época que obliga a redefinir nuestros términos de uso corriente, apresurémonos a destripar estos dos, tan frecuentes, y a observar qué significan en una perspectiva uruguaya y "marchista".

Alguna vez dijo Pivel Devoto que el Uruguay era una isla europea que se había adherido al continente americano, con lo cual él, que pertenece a un partido muy nacionalista, quería definir la general mimesis de las culturas europeas que ha distinguido la historia intelectual del país. También debería consignarse, como explicación del fenómeno, el esfuerzo tenaz de plasmar las influencias en instituciones propias, a partir del proceso ciudadano, batllista, de clases medias, que intentó la reestructuración orgánica de la nacionalidad, la educación intensa de la sociedad, la integración paternalista de sus clases sociales, la creación de un capitalismo de estado como modo de atemperar la ingerencia extranjera, la democratización y nacionalización de la cultura tal como se tipificó entre 1910 y 1930.

Sólo a partir de estos términos, que ya son el sustrato del país actual, puede concebirse una vocación nacionalista que trate de corregir los errores de una *mimesis* excesivamente mecánica y confiada, que trate de atacar los intocados problemas de la estructura agraria y busque reponer en el centro de la preocupación intelectual el destino del país. Por eso ella nada tiene del folklorismo conservador que ha signado la actitud de ciertos grupos intelectuales, así el de la revista *Asir* en su búsqueda de las tradiciones decimonónicas, en su registro pintoresquista de la vida de los pueblos a la pesca de cierto inefable telúrico, piadoso, de vago cristianismo dostoiévskiano; ni tampoco nada del intento de poner un ascua dinámica al mesianismo populista de las montoneras a las que simultáneamente se trata de mantener en el atraso, tal como se tipificó en los intelectuales que rodearon al líder ruralista Benito Nardone, felizmente extinto, quien aglutinó a las masas campesinas en beneficio de los estancieros.

El nacionalismo de que hablamos comienza por tomar contacto auténtico con el país estudiando el catastro nacional, examinando las estructuras económicas sobre las cuales se ha construido, las que permiten que dos estancieros sean dueños de todo un departamento sin cultivar, y encara

simultáneamente su repercusión en la esfera de la cultura, sus consecuencias en la integración de un determinado público culto cuyas bases son ambiguas. El estancamiento del país a partir de 1930 (fecha de un libro solitario y alarmante: *Riqueza y pobreza en el Uruguay* de Martínez Lamas), se traduce en la zona de la literatura por una disolución del público lector real y por un simultáneo enquistamiento de los escritores que sólo pueden sobrevivir y justificarse a través de un hermetismo vecinal. Perdido el vitalismo social que dio la literatura de Sabat, Juana de Ibarbourou, Silva Valdés, Parra del Riego, José Pedro Bellan, Ipuche, Zavala Muniz, la literatura se adelgaza en un ámbito privado, casi de juego, de descreimiento, de imitación retrospectiva de la escuela española del 27, y todo esto podría tipificarse en la obra de Juvenal Ortiz Saralegui y su nutrida corte de imitadores. En los hechos se des-nacionaliza y al mismo tiempo se debilita. El escritor se transforma en productor y consumidor, no tiene contactos reales con su contorno y de ahí que tienda a vivir de las migajas que le proporciona el Estado, quien crea entonces los premios remuneración como un subsidio económico, y a la Academia como un subsidio al renombre. Unos pocos escritores, cuya obra será exaltada posteriormente —Francisco Espínola, Juan José Morosoli, Juan Cunha— mantienen vivo, en diferentes planos, el fermento nacional que ahora ha de adquirir nueva dimensión.

El nacionalismo de que hablamos no canta loas a la "tradición" porque entiende que ése es el ejercicio de la letra muerta. Prefiere la fidelidad al espíritu, reinterpretando aquél, creativo, original, de los fundadores patrios y de los propulsores del desarrollo nacional en el siglo y medio de vida independiente. Por lo tanto encara el país como un "querer ser" popular, mediante el cual se confiera a la sociedad uruguaya la organización más adecuada a la actual y real constitución del cuerpo social, incentivando su progreso. De ahí que comience por reconocer, austeramente, el estado de subdesarrollo reinante, que no sólo es económico, sino conjuntamente educativo y cultural; busque las causas reales del fenómeno y promueva una acción de esclarecimiento. Ésta es, básicamente, una acción de índole crítica, porque ésa fue la condición a la cual, históricamente, debió sujetarse el movimiento intelectual del semanario *Marcha* para realizar su obra: la destrucción y la creación que el rigor crítico puedan alcanzar. No le fue concedida —todavía— una acción constructora sobre todo el cuerpo social, pero ya la ha cumplido en la educación y formación de sus élites intelectuales.

Tampoco este nacionalismo se opone sistemáticamente a las aporta-

ciones teóricas de los centros mundiales de la cultura, como se ha visto en nacionalismos estrechos. Cree que el siglo xx es la segunda nacionalidad —temporal ya que no terrenal— dentro de la cual nos configuramos, y que es una patria que cada día nos concierne más estrechamente, en la misma medida en que ha ido generando una cultura universal. Si rehuye la servil imitación tanto de las tesis políticas como de las corrientes literarias, porque ello sólo testimoniaría la remanencia del espíritu colonial y la incapacidad para ver los problemas propios, no ha dejado de aprender, sobre todo en su primer momento, la lección universal. Sabe que hoy día asumir una política exterior es casi definir una política interior. En algún período de su historia, entre 1944 y 1950, se testimonió una histeria cultural imitativa, no ya de la actualidad de esos años de la cultura europea, sino de la vieja vanguardia de entre ambas guerras; eso puede ponerse a la cuenta del descubrimiento indiscriminado de la literatura moderna, en un país que había quedado retrasado en su información, y por lo tanto a un esfuerzo para vencer el provincianismo a través de la más fácil apelación a lo anglosajón. Fue necesario un ingente esfuerzo de corrección para no perder el rumbo en ese momento.

Si hay una vocación amplificadora de esta concepción de lo nacional, ella debe buscarse en la dominante preocupación latinoamericana, quizás la más terca constante de la vida de *Marcha*. Mucho antes de que se abriera paso el concepto de *tercer mundo*, ya tal visión estaba implícita en la valoración de América latina como el prójimo auténtico de la sociedad uruguaya, distinguiendo nítidamente esta concepción de la del panamericanismo entonces en vigor. Alguna vez Mario Benedetti acusó al Uruguay de ser el país menos latinoamericano del continente, pero su crítica reposaba más bien sobre el hecho de que el Uruguay no ha conocido, o ha sorteado con mayor fortuna, algunas de las dramáticas condiciones de la vida latinoamericana: las dictaduras del tipo Stroessner, Somoza o Batista; el fraude militar de las instituciones democráticas como en la Argentina o el Brasil; la miseria ultrajante de los indígenas ecuatorianos o bolivianos; el analfabetismo masivo del Perú, Haití, Brasil; la violencia permanente de Colombia y su oscurantismo clerical. La ausencia de estos problemas motivó un día la alabanza simplista de Haya de la Torre y la réplica airada de los estudiantes uruguayos, para quienes el país es también un "querer ser" de futuro y para quienes el distintivo de los conservadores —"como el Uruguay no hay"— es un ultraje, aparte de una cursilería.

A modo de compensación por la falta de tales llagas —aunque hay

ciones teóricas de los centros mundiales de la cultura, como se ha visto en nacionalismos estrechos. Cree que el siglo xx es la segunda nacionalidad —temporal ya que no terrenal— dentro de la cual nos configuramos, y que es una patria que cada día nos concierne más estrechamente, en la misma medida en que ha ido generando una cultura universal. Si rehuye la servil imitación tanto de las tesis políticas como de las corrientes literarias, porque ello sólo testimoniaría la remanencia del espíritu colonial y la incapacidad para ver los problemas propios, no ha dejado de aprender, sobre todo en su primer momento, la lección universal. Sabe que hoy día asumir una política exterior es casi definir una política interior. En algún período de su historia, entre 1944 y 1950, se testimonió una histeria cultural imitativa, no ya de la actualidad de esos años de la cultura europea, sino de la vieja vanguardia de entre ambas guerras; eso puede ponerse a la cuenta del descubrimiento indiscriminado de la literatura moderna, en un país que había quedado retrasado en su información, y por lo tanto a un esfuerzo para vencer el provincianismo a través de la más fácil apelación a lo anglosajón. Fue necesario un ingente esfuerzo de corrección para no perder el rumbo en ese momento.

Si hay una vocación amplificadora de esta concepción de lo nacional, ella debe buscarse en la dominante preocupación latinoamericana, quizás la más terca constante de la vida de *Marcha*. Mucho antes de que se abriera paso el concepto de *tercer mundo*, ya tal visión estaba implícita en la valoración de América latina como el prójimo auténtico de la sociedad uruguaya, distinguiendo nítidamente esta concepción de la del panamericanismo entonces en vigor. Alguna vez Mario Benedetti acusó al Uruguay de ser el país menos latinoamericano del continente, pero su crítica reposaba más bien sobre el hecho de que el Uruguay no ha conocido, o ha sorteado con mayor fortuna, algunas de las dramáticas condiciones de la vida latinoamericana: las dictaduras del tipo Stroessner, Somoza o Batista; el fraude militar de las instituciones democráticas como en la Argentina o el Brasil; la miseria ultrajante de los indígenas ecuatorianos o bolivianos; el analfabetismo masivo del Perú, Haití, Brasil; la violencia permanente de Colombia y su oscurantismo clerical. La ausencia de estos problemas motivó un día la alabanza simplista de Haya de la Torre y la réplica airada de los estudiantes uruguayos, para quienes el país es también un “querer ser” de futuro y para quienes el distintivo de los conservadores —“como el Uruguay no hay”— es un ultraje, aparte de una cursilería.

A modo de compensación por la falta de tales llagas —aunque hay

otras, comunes a toda Latinoamérica, en el cuerpo nacional— en el país se ha generado con una intensidad que tiene escaso parangón en el resto del continente, una aguda conciencia intelectual del latinoamericanismo. *Marcha* ha sido su vehículo más lúcido, confiriendo desde sus orígenes atención primordial a esta comarca común, examinando sus problemas, teorizando sobre su significación (habría que citar en especial a Servando Cuadros y al grupo intelectual de la revista *Nexo* que prologó su enseñanza) y reclamando para sus realizaciones culturales una atención similar, y frecuentemente mayor, que la correspondiente a la gran producción europea del presente.

Desde hace muchos años las páginas literarias de *Marcha* se han constituido en una eficaz guía de lo que está ocurriendo en la cultura latinoamericana, y a ello han contribuido destacadamente Arturo Ardao, Carlos Real de Azúa, Mario Benedetti. No se trata, obviamente, de sobrevalorar, por "fraternidad del subdesarrollo", productos defectuosos, cosa que no ha comprendido un conspicuo narrador argentino demasiado mal acostumbrado por la falta de una exigente crítica nacional. Se trata de reconocer con rigor la calidad universal de sus realizaciones: cuando en un solo año se puede registrar la presencia de novelas como *Rayuela* de Julio Cortázar, *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier, *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa y *La mala hora* de Gabriel García Márquez, no hay que apelar a la hipocresía del "perdonavidas" sino, al contrario, festejar un nivel de eficiencia artística que las traducciones a otros idiomas sólo corroboran para aquellos afectos a leer a los hispanoamericanos en lengua francesa e inglesa. Pecado original de algunos.

La preocupación latinoamericana ha ido creciendo con los años, incluso dentro de un movimiento tan afín a ella como el de *Marcha*, y si hace veinte años era raro el número en que los nombres de Joyce, Eliot, Valéry, o Faulkner, faltaran, ahora es raro aquél del que estén ausentes escritores o problemas del continente, y sus números especiales rotan siempre sobre esta realidad de un modo casi obsesivo. Incluso la revista *Número* ha reaparecido con esta nueva preocupación aunque podada del basamento político-social que en *Marcha* le otorga su cabal significación. La constitución de la *Sociedad de Escritores del Uruguay*, que tiene entre sus primeros cometidos el de una acción conjunta latinoamericana, el proyecto de un vasto *Coloquio Latinoamericano de Escritores* que la misma SEU ha puesto en marcha, son buenos índices de este reconocimiento de que nuestra auténtica nacionalidad es la latinoamericana. Debe entenderse esta reorientación creciente de una cultura, como un índice ex-

ciones teóricas de los centros mundiales de la cultura, como se ha visto en nacionalismos estrechos. Cree que el siglo xx es la segunda nacionalidad —temporal ya que no terrenal— dentro de la cual nos configuramos, y que es una patria que cada día nos concierne más estrechamente, en la misma medida en que ha ido generando una cultura universal. Si rehuye la servil imitación tanto de las tesis políticas como de las corrientes literarias, porque ello sólo testimoniaría la remanencia del espíritu colonial y la incapacidad para ver los problemas propios, no ha dejado de aprender, sobre todo en su primer momento, la lección universal. Sabe que hoy día asumir una política exterior es casi definir una política interior. En algún período de su historia, entre 1944 y 1950, se testimonió una histeria cultural imitativa, no ya de la actualidad de esos años de la cultura europea, sino de la vieja vanguardia de entre ambas guerras; eso puede ponerse a la cuenta del descubrimiento indiscriminado de la literatura moderna, en un país que había quedado retrasado en su información, y por lo tanto a un esfuerzo para vencer el provincianismo a través de la más fácil apelación a lo anglosajón. Fue necesario un ingente esfuerzo de corrección para no perder el rumbo en ese momento.

Si hay una vocación amplificadora de esta concepción de lo nacional, ella debe buscarse en la dominante preocupación latinoamericana, quizás la más terca constante de la vida de *Marcha*. Mucho antes de que se abriera paso el concepto de *tercer mundo*, ya tal visión estaba implícita en la valoración de América latina como el prójimo auténtico de la sociedad uruguaya, distinguiendo nítidamente esta concepción de la del panamericanismo entonces en vigor. Alguna vez Mario Benedetti acusó al Uruguay de ser el país menos latinoamericano del continente, pero su crítica reposaba más bien sobre el hecho de que el Uruguay no ha conocido, o ha sorteado con mayor fortuna, algunas de las dramáticas condiciones de la vida latinoamericana: las dictaduras del tipo Stroessner, Somoza o Batista; el fraude militar de las instituciones democráticas como en la Argentina o el Brasil; la miseria ultrajante de los indígenas ecuatorianos o bolivianos; el analfabetismo masivo del Perú, Haití, Brasil; la violencia permanente de Colombia y su oscurantismo clerical. La ausencia de estos problemas motivó un día la alabanza simplista de Haya de la Torre y la réplica airada de los estudiantes uruguayos, para quienes el país es también un "querer ser" de futuro y para quienes el distintivo de los conservadores —"como el Uruguay no hay"— es un ultraje, aparte de una cursilería.

A modo de compensación por la falta de tales llagas —aunque hay

plícito de que grandes sacudimientos se han producido en estas tierras, intensificándose con la revolución socialista cubana, que nuestros países quieren entrar en escena, no ya para proveer al mundo de algunos, aislados, grandes escritores, sea Darío, sea Martí, sea Vallejo, sea Neruda —para citar solamente poetas— sino para crear una cultura propia, independiente, que pese y hable en el concierto mundial. Cosa que sólo será posible cuando ya no haya quien gima porque en París, Moscú o Nueva York alguien ha confundido un mexicano con un argentino, porque ya eso no importará. No importará para quien mire lo suyo de un modo directo y real, y no reflejado en el espejo de los señores. Para quien comprenda, de un modo definitivo, que las jerarquías artísticas están arraigadas y condicionadas por un determinado “espacio y tiempo” como decía Alberdi, responden a una cosmovisión nacida de una estructura política, económica, social en un momento de su desarrollo auténtico.

Tal preocupación nacional y latinoamericana, no podía menos que ser acompañada, en el movimiento de *Marcha*, por una decidida actitud antiimperialista, que no ha vacilado ante ningún enemigo posible, sea cual fuere, viniere de donde viniere. Todo intento de sojuzgamiento económico, político o cultural, ha contado con su tesonera oposición, lo que le ha valido en un tiempo el remoquete de “tercerista” visto que en sus filas casi no militan marxistas, y, los que hay, no son comunistas. Es el principio central del nacionalismo latinoamericano el que explica esta pareja e invariable actitud, y conviene subrayarlo porque no han faltado zurdos mentales en la Argentina que, ignorando todo de la obra del movimiento, lo han adscrito a algo así como a la penetración de S. M. imperial británica, del mismo modo que no han faltado pitecantropus que lo han vetado por algo así como penetración imperial soviética.

Obviamente, el primer problema al que debe hacer frente *Marcha* es el del intervencionismo norteamericano y su primera lucha es contra el imperio que más peso y más ingerencia muestra en los asuntos de los países al sur de río Bravo hasta la Patagonia, haciendo suya la posición de los más perspicaces norteamericanos que son sus colaboradores: Huberman, Sweezy, Paul Baran, Carleton Beals. Ellos y nosotros pensamos lo mismo sobre el sometimiento, el atraso y la deformación que la metrópoli imperial trata de provocar en lo que ilegítimamente, considera como su “traspatio”. La actitud de los intelectuales uruguayos, defendiendo en bloque el principio de no intervención para el caso cubano y rechazando el intervencionismo norteamericano, ilustra esta posición. En la zona de la cultura es donde mejor puede observarse el deslinde que cabe,

en la vinculación de un país latinoamericano con una potencia imperial. El rechazo cerrado de su intervencionismo político o económico va de la mano con una acerba lucha contra la penetración de una espesa cultura de masas o una literatura de "colportage": los adocenados productos cinematográficos, las revistas de "comics", los falsos ideales de las "series" para televisión, los productos de la industrialización literaria, como las policiales, que en algún momento alcanzaron insólita dignidad entre nosotros. Pero la oposición a tales materiales que están invadiendo, sin cesar, el mercado, que solapadamente imponen ideologías y gustos artísticos, no impide el reconocimiento y la adopción de los auténticos valores que se generan en los Estados Unidos: su escuela pedagógica, en particular la rama de la psicología social, su gran escuela sociológica, la línea de su dramaturgia de O'Neill a Albee, y mucho más. Todo ello puede resumirse en el homenaje rendido a Hemingway cuando su muerte.

En 1939 quienes, en medio de un clima escéptico y derrotado, creían en estas cosas, eran pocos y parecían ilusos. En 1964 la casi unanimidad de la vida intelectual del país participa del mismo credo porque en él se ha formado la generación que rige con eficiencia nuestra cultura, así como los valores jóvenes que han irrumpido en este último lustro. Por eso, si la cultura uruguaya está en marcha es por obra de *Marcha*.

Un movimiento sólo existe a través de hombres particulares y de obras literarias o artísticas: merced a ese conjunto vivo, necesariamente renovado, puede certificarse su existencia y la orientación y el valor que le cabe. En estos veinticinco años *Marcha* se ha modulado sobre la lección siempre nueva de los hechos y sobre la lección de las individualidades que contribuyeron a su desarrollo. Si sus primeros integrantes cruzaron ya los cincuenta años, los últimos apenas alcanzan los veinticinco y es normal que en un período largo se hayan dado diversos matices de una misma concepción central. En general los primeros tendieron a fijarse en las formulaciones originales del movimiento e incluso hubo quienes se alejaron en la medida en que se radicalizaba —los hechos lo radicalizaban—; pero tanto los continuadores como los actuales integrantes, lo han acompañado ya desde dentro, ya desde fuera, ampliando a la órbita de la vida nacional el impulso renovador. Citar los nombres de sus redactores o colaboradores asiduos en este cuarto de siglo, es enumerar buena parte de los valores destacados del país: Juan Carlos Onetti, Dionisio Trillo Pays, Francisco Espínola, Carlos Martínez Moreno, Mario Benedetti, María Inés Silva Vila, Mario C. Fernández, Hiber Conteris, Eduardo Galeano, entre los narradores. En poesía: Juan Cunha, Sarandy Cabrera, Idea

Vilaríño, Ida Vitale, Carlos Brandy, Amanda Berenguer, Silvia Herrera, Milton Schinca, Washington Benavides, Saúl Ibargoyen. En crítica literaria: Carlos Real de Azúa, E. Rodríguez Monegal, Mario Benedetti, José P. Díaz, Washington Lockhart. En crítica de música, de artes plásticas, de teatro y de cine: Lauro Ayestarán, Arturo Despouey, Hugo R. Alfaro, H. Alsina Thevenet, Pablo Mané Garzón, Maurico R. Muller, Mario Trajtenberg, Rubén Cotelo, Carlos Martínez Moreno, Antonio Larreta, Celina Rolleri, Fernando García Esteban, Mercedes Rein, Gerardo Fernández. Y Carlos Maggi, Carlos María Gutiérrez, Julio César Puppo, Oscar Bruschera, Aldo Solari, Germán W. Rama, José Pedro Barrán, Daniel Vidart, Julio E. Suárez, Luis Camnitzer y tantísimos otros.

Quizás el primer rasgo dominante, en las letras, consistió en asumir las condiciones del mundo moderno, combatiendo el atraso de la cultura del país ordenada en torno a un parnaso pueblerino y estatal. Establecer una escala de valores exigentes, revisar los ya estatuidos, remodelar el pasado, incorporar las corrientes literarias modernas —indiscriminadamente—, fueron las primeras y apresuradas resoluciones. Esto dio la tónica crítica e hipercrítica que singularizó el movimiento en la cultura, cuyo saldo positivo ha sido establecer más altos niveles de exigencia creadora y un esfuerzo de educación del gusto más afinado y al día. De este modo pudo constituirse una literatura de élites, minoritaria, dominada por una actitud desconfiada ante el mundo circundante, regida por una visión individualista, a veces agónica, que se exasperaba en su soledad. La infancia, la vida interior, la frustración amorosa, el entendimiento atormentado del contorno, proporcionaron sus temas más frecuentes, sobre todo en la poesía, en tanto que sus técnicas evocaban las experiencias del ultraísmo, todavía, y de la vanguardia europea.

Este esfuerzo, sin duda calificado, pudo habernos dado una buena literatura de élites —cosa nada despreciable— que agregar a las ya generadas en épocas iniciales, si no fuera que estos escritores comprendieron en un determinado momento de su carrera, que aun más importante que algunas obras aisladas, era crear un aparato de comunicación que permitiera fundar legítimamente una "literatura" en lo que ésta tiene de organismo que presupone un creador, un público, y un sistema de valores y temas. El encierro de las élites empezó a ahogarlos, los acontecimientos de una realidad difícil los golpearon, y es así que, a mediados de la pasada década, irrumpieron más vitalmente a la realidad ambiental, y encontraron que había cosas importantes que estaban ocurriendo. Un país sin editoriales comenzó a tenerlas, consagradas en su casi totalidad

a la obra nacional; y esas obras tuvieron lectores que permitieron encarar, para los dos millones largos de habitantes tiradas de mil ejemplares y superar en algunos casos estas cifras. Si bien no es mucho en números absolutos, lo es cuando se piensa en el pasado. El país constituyó diversas páginas de crítica atendidas en un nivel de alta eficiencia. Desde hace cuatro años funciona la Feria Nacional del Libro donde se venden millares de libros de autores uruguayos. La producción nacional se ha triplicado, ha sido posible la sobrevivencia de revistas especializadas, como las de poesía, y, sobre todo, se ha reencontrado a un público y se ha establecido con él un diálogo vivo.

Los exámenes históricos, sociológicos, políticos, culturales, de la realidad nacional, han abundado como nunca en este decenio transcurrido, y son ellos los que primero convocan la atención pública, superando incluso a las novelas. Los mismos escritores —caso de Maggi o Benedetti— han decidido examinar críticamente nuestra sociedad, y nunca dispusimos de tanto material sobre la situación latinoamericana, en especial a partir de la revolución cubana. El conocimiento cabal de la realidad es ahora la preocupación básica, pero hasta ahora no se ha notado que eso coarte la creación literaria ni que sea afectado su nivel de calidad artística. La libertad con que esta literatura se mueve, rehusando reducirse a esquemas abstractos y procurando una vivificación inteligente en un medio dinámico, parece resguardarla de la esclerosis. Por ahora la línea más acusada es la de un realismo moderno, ágil, nervioso, pero no se ha ignorado la posibilidad de expresar de un modo interior la realidad a través de estructuras complejas como las que frecuentan Maggi, Schinca o Vilaríño. Entre los más jóvenes prima la influencia italiana, en particular de Cesare Pavese, y no ha emergido la esperada ola "beatnik". Quizás porque todo este movimiento, en mayor o menor grado, reposa sobre una actitud racionalista, sobre una vigilancia inteligente de la creación, sobre una desconfianza por todo descontrol subconsciente. Se diría que están haciendo la lección de los hechos reales y que la obra literaria es, para ellos, una manera de la acción.

Se vive actualmente esta euforia que, es al mismo tiempo, tal como la define el título de un reciente libro de poesía, la de *Esta hora urgente*, la de la reintegración de las letras en la ardiente batalla de un pueblo, de un país, de un continente.